

VIDA

DE

MIGUEL MAGONE

POR

DON JUAN BOSCO,

PRESBITERO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valeros y Talleres

MEXICO.

P. DEL COLEGIO SALESIANO

ALAMEDA DE STA. MARIA 2 N. 5.

1892.

4705
34

1

93

43



BX4705

.M34

B6

C1

AT



V
929
M



1080021318



ITER PARA TVTVM
VERITATIS

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Bx 4705
M34
B6



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

AMADÍSIMOS JÓVENES:

UNO de los que entre vosotros esperaba con más interés la publicación de la vida de Domingo Savio era el jovencito Migu Magone que, deseoso de imitarle, recojía ya de unos ya de otros noticias particulares de tan preciosa vida para acomodar á ella, cuanto le fuera posible, la suya propia.

Mas no bien pudo leer algunas páginas, cuando el Señor se dignó llamarle á sí, á gozar como piadosamente confiamos, de la paz de los justos en compañía del amigo á quien se proponía imitar, dejando en vosotros un nuevo deseo, el de ver también escrita ó impresa la vida, no menos singular, de este otro compañero vuestro.

Estimulado yo por vuestras repetidas instancias y movido de afecto hacia nuestro común amigo, no menos que del pensamiento de que mi pobre trabajo pudiera ser deleitable á la vez que útil: vuestras almas, resolví complaceros exponiendo en este pequeño libro cuanto pasó á nuestra vista.

En la vida de Domingo Savio habéis visto la virtud naciendo con él y por él cultivada hasta el heroísmo en todo el curso de sus días.

La de Magone os enseña cómo un jovencito, que, abandonado y sin guía, corría riesgo de emprender camino por el sendero del vicio, oye el amoroso llamamiento del Señor, corresponde con perseverancia á la gracia divina, y llega á atraer la admiración de cuantos le conocen, patentizando con su ejemplo cuán maravilloso sean los efectos de la gracia divina, en el que sin reserva á ella se entrega de todo corazón.

009193

45743

En este librito hallaréis algunas cosas que aprender, muchas que imitar, y no pocas virtudes particularmente admirables en un niño de catorce años. Precisamente porque no son comunes, me han parecido dignas de consignarlas aquí, asegurando que yo no he hecho más que rennir y ordenar lo que presenciaron muchas personas sobrevivientes cuyo testimonio se puede aún consultar.

He añadido en esta tercera edición algunos hechos, que eran desconocidos cuando publiqué la primera, y he completado otros con circunstancias que después he sabido de buen original. La divina providencia, que en sus inescrutables juicios llama al hombre, á veces cuando es ya viejo caduco y otras cuando es todavía joven imberbe, nos conceda la gracia de hallarnos todos preparados para aquel último momento del que depende una venturosa ó desdichada eternidad. Que la divina gracia nos ayude en la vida y en la muerte y nos asista en el camino que conduce á la eternidad.

CAPITULO PRIMERO

Un curioso encuentro.

Al regresar una tarde de otoño de Somma Riva del Bosco tuve que esperar más de una hora en la estación de Carmagnola el tren que me había de conducir á Turín. Eran las siete; el tiempo estaba nublado; una densa niebla resolvíase en menuda lluvia, aumentando la oscuridad hasta el punto de que era imposible distinguir los objetos siquiera á un paso de distancia. El alumbrado de la estación apenas alcanzaba con su pálida claridad poco más allá del andén. Solamente una turba de muchachos con sus juegos y gritos atraían la atención, ó mejor dicho, atronaban los oídos de los espectadores, dando motivo de pasatiempo á la imaginación de los viajeros, con sus voces de MIRA, PÍLLALO, CORRE, AGARRA Á ÉSTE, SUJETA Á AQUÉL. Pero entre aquellos gritos sobresalía una voz que, dominando á las demás, era como la de un capitán, repetida por los compañeros y obedecida por todos como riguroso mandato. De repente sentí un vivo deseo de conocer á aquel que con tanto ardor y prontitud sabía dirigir el juego en medio de tan extraordinario alboroto, y aprovechando un momento en que los chicos se hallaban al rededor del que les servía de jefe, en dos saltos me coloqué entre ellos. Todos huyeron como espantados; uno solo permaneció, y avan-

zando hacia mí con las manos sobre las caderas y tono imperativo me habló de este modo.

—Quién sois vos para venir aquí á entremeteros en nuestros juegos?

—Soy un amigo tuyo.

—Qué queréis de nosotros?

—Quiero, si gustáis, jugar y divertirme contigo y con tus compañeros. Y tú, quién eres?

—Yo quién soy? añadió con grave y sonora voz, Miguel Magone, general de la recreación.

Durante este pequeño diálogo los demás muchachos, rehechos de su espanto, poco á poco, con cierta curiosidad se nos fueron aproximando; y yo, después de dirigir algunas palabras ya á unos ya á otros, comencé de nuevo á interrogar á Magone:

—Mi querido Magone, cuántos años tienes?

—Tengo trece.

—Te has confesado alguna vez?

—Sí, respondió riendo.

—Has sido admitido ya á la Sagrada Comunión.

—Sí, he sido admitido y he comulgado.

—Qué oficio has aprendido.

—El de no hacer nada.

—Pues, que has hecho hasta ahora?

—Asistir á la escuela.

—A qué escuela?

—A la de instrucción primaria.

—Tienes padre todavía?

—No, señor, mi padre murió.

—Y madre tienes?

—Sí, mi madre vive, y trabaja sirviendo donde la llaman, y hace cuanto puede para ganar el pan para mí y para mis hermanos, en cambio de lo que la hacemos desesperar.

—Y tú que piensas hacer en adelante?

—Es preciso que yo haga alguna cosa, pero no sé cual.

Esta franqueza y discreción en las palabras me hizo entrever un gran peligro para aquel joven, si por desgracia permanecía de tal modo abandonado. Por otra parte, parecíame, que si aquel brío y aquella indole intrépida se cultivaban podrían dar un buen resultado; por lo cual reanudé la conversación así:

—Mi querido Magone, quieres abandonar esta vida de vago, y aprender algun oficio ó arte, ó más bien acabar los estudios.

—Y cómo no he de querer? respondió conmovido: esta vida de condenado, me tiene aburrido; algunos compañeros míos están ya en la cárcel, y yo temo que me suceda lo mismo: pero, qué debo hacer? Mi padre há muerto; mi madre es muy pobre, quién me ayudará.

—Esta noche haz á Dios una fervorosa oración, pídele de corazón y espera que Él proveerá para mí, para tí y para todos.

En aquel momento la campana de la estación daba los últimos toques, y yo debía partir sin demora. Toma, le dije, toma esta medalla; anda mañana á ver al Teniente-Cura Señor Ariccio, y dile que el sacerdote que te ha hablado desea informes sobre tu conducta.

Tomó con respeto la medalla, pero cómo os llamáis,

de qué país sois, el Señor Ariccio os conoce? Estas y otras preguntas que el pobre Magone seguía haciendo dejé sin contestar, porque llegaba el tren y yo, sin pérdida de tiempo, debía subir al coche que me había de llevar á Turín.

CAPITULO II

Su vida anterior y su llegada al Oratorio de San Francisco de Sales.

La curiosidad con que Magone quedó de conocer al sacerdote que le había hablado le despertó un gran deseo de averiguar quién fuese; y, sin esperar al día siguiente, se dirigió en el acto á la casa del Teniente-Cura Señor Ariccio y le refirió la entrevista que acababa de tener en la estación.

El Señor Ariccio lo comprendió todo al momento, y al día siguiente me escribió dándome cuenta detallada de cuanto podía interesarme acerca de la vida de nuestro general.

“El joven Magone, me decía, es un pobre chico, huérfano de padre: teniendo la madre que ganar el pan para su familia, no puede asistirlo ni vigilarlo, y él, abandonado, pasa el tiempo en las calles y en las plazas entre los vagos. Tiene un ingenio no común; por sus travesuras y desaplicación ha sido despedido varias veces de la escuela; á pesar de esto ha concluído bastante bien los estudios elementales de primera enseñanza.

“En cuanto á moralidad lo creo de buen corazón y de sencillas costumbres: es vivo é inquieto. En la escuela, como en la conferencia del catecismo, es el alborotador universal: cuando no concurre á ellas todo va en paz, y cuando se marcha hace á todos un gran bien.

“Su edad, su pobreza, su índole y su ingenio le hacen digno de caritativa atención. Nació el 19 de Septiembre de 1849.”

Tales informes me movieron á recibirle desde luego entre los jóvenes de esta casa para dedicarle al estudio ó á un arte mecánica. Apenas nuestro candidato recibió la carta de aceptación, sintió verdadera impaciencia de venir á Turín, imaginándose, sin duda, que aquí iba á gozar las delicias del paraíso terrestre ó á hacerse dueño de los tesoros de esta capital.

Así es que, pasados muy pocos días, se me presentó diciéndome: Aquí estoy, aquí me tenéis; yo soy aquel Miguel Magone que encontrásteis en la estación de Carmagnola.

—Lo sé todo, querido mío; vienes gustoso?

—Sí, sí, de muy buena voluntad.

—Siendo así te recomiendo que no me pongas en revolución la casa.

—E tad tranquilo que no os daré disgusto alguno. Si en mis pasados años obré tui mal, no quiero que sea lo mismo en adelante. Dos compañeros míos están ya en la cárcel, y yo...

—Ten buen ánimo, dime solamente si quieres estudiar ó aprender un oficio.

—Estoy dispuesto á hacer lo que me mandéis; pero si lo dejáis á mi elección preferiría estudiar.

—Y si te dedico al estudio, á qué aspiras para cuando termineis tus clases?

—Si un bribón... dijo sonriendo é inclinó la cabeza.

—Continúa; qué quiere decir si un bribón?

—Si un bribón pudiera llegar á hacerse digno del estado eclesiástico, de buena gana sería sacerdote.

Ya veremos lo que sabrá hacer un bribón. Te pondré á estudiar; y en cuanto á ser sacerdote ú otra cosa, dependerá de tu aprovechamiento en el estudio, de tu conducta moral y de las muestras que dieres de tu vocación al estado eclesiástico.

—Si con buena voluntad todo se alcanza, os aseguro que no estaréis descontentos de mí.

Desde luego le asigné un compañero que le sirviera de ángel custodio. Es costumbre de esta casa cuando se recibe un joven de moralidad sospechosa ó poco conocida, confiarlo á un alumno de los más antiguos y de mejores costumbres, para que lo asista y corrija cuando sea necesario, hasta que pueda reunirse sin peligro á los demás compañeros. Sin que Magone lo notara, aquel alumno le seguía con el mayor cuidado y caridad sin perderle de vista: le acompañaba en la escuela, en el estudio, en la recreación saltaba y jugaba con él. A cada momento tenía que estarle advirtiéndole: Magone no hagas esto que es malo; no digas esa palabra, no pronuncies el santo nombre de Dios en vano. Y aun cuando la impaciencia le asomaba á Magone frecuentemente al rostro, no contestaba más que "Bravo,

has hecho bien en avisarme; eres un buen compañero. Si antes te hubiera tenido á mi lado no hubiera contraído estos pésimos hábitos de que ahora no puedo despojarme."

En los primeros días no hallaba gusto más que en la recreación. Cantar, gritar, correr saltar era lo que apaciguaba su índole fogosa y viva. Sin embargo cuando su compañero le decía: Magone la campanilla nos llama al estudio, á la clase, á la oración ú ocupaciones semejantes, dirigía una mirada compasiva á los juegos y sin oponer dificultad alguna iba adonde el deber lo llamaba.

Era digno de ver por el contrario cuando la campanilla anunciaba el término de alguna obligación ú ocupación á que seguía el juego. Salía como bala despedida por la boca de un cañon; volaba por todos los ángulos del patio; todo juego que exigía gran destreza corporal formaba su delicia. El juego llamado el rescate, y en que era notable, era su favorito. Mezclando de este modo la recreación con sus deberes escolares, hallaba agradable su nuevo género de vida.

CAPITULO III

Dificultades y reforma moral.

Un mes llevaba nuestro Miguel en el Oratorio, y de todo sacaba partido para pasar el tiempo y estaba contento, porque tenía espacio para saltar y divertirse; mas no reflexionaba que la verdadera felicidad nace

de la paz del corazón y de la tranquilidad de la conciencia. De pronto comenzó á disminuir aquel afán constante de jugar y luego pensativo no tomaba parte en el juego, sino á instancia de los demás. Lo notó su compañero y aprovechando un día la ocasión le habló de esta manera: — Mi querido Magone, hace algunos días que no veo en tí la acostumbrada jovialidad, ¿estás acaso enfermo?

— No, estoy buenísimo.

— ¿De dónde nace, pues, esa melancolía?

— Nace de ver cómo mis compañeros toman parte en las prácticas de piedad y cuán contentos y gozosos hacen sus oraciones y se acercan á los santos sacramentos de la Confesión y Comunión.

— No comprendo por qué la devoción de los demás te produce melancolía.

— La razón es fácil de comprender: mis compañeros, como muy buenos, practican la religión y son cada día mejores, mientras yo, que soy un bribón, no puedo tomar parte en las devociones, y esto me ocasiona mucho remordimiento y gran intranquilidad.

— ¿Qué niño eres! Si te ocasiona envidia la felicidad de los compañeros, ¿quién te impide seguir su ejemplo? Si los remordimientos mortifican tu conciencia ¿no puedes sacudirlos?

— Sacudirlos... sacudirlos... ¡pronto se dice! Si tú estuvieras en mi pellejo ya verías... Dicho esto, agitando la cabeza en señal de rabia y de pesar, huyó á la sacristía. Siguióle su amigo y cuando le hubo alcanzado, mi querido Magone, le dijo, ¿por qué

huyes de mí? cuéntame tus penas: quizás pueda yo darte remedio.

— Tienes razón, pero me encuentro aturdido.

— Sea cualquiera tu aturdimiento, hay medios para que puedas salir de él.

— ¿Cómo podré alcanzar paz, si me parece que tengo mil demonios en el cuerpo?

— No te fatigues: dirígete al confesor, ábrele tu conciencia y él te dará los consejos que necesitas. Cuando nosotros nos encontramos intranquilos, siempre lo hacemos así, y por esto siempre estamos contentos.

— Está bien; mas... mas... y se echó á llorar. Pasados algunos días la melancolía llegó á ser profunda tristeza. El juego y las naturales distracciones aumentaban su pesar; la risa no aparecía ya en sus labios; muchas veces, mientras los compañeros jugaban, él se retiraba á un rincón entregado á tristes reflexiones y frecuentemente á amargo llanto. Enterado yo de cuanto le pasaba, un día le mandé llamar y le hablé así:

— Querido Magone, tengo que pedirte un favor, pero no quisiera recibir un desaire.

— Decid, respondió prontamente, decid, estoy dispuesto á hacer lo que me mandéis.

— Necesito que me hagas por un momento dueño de tu corazón, y me manifiestes la causa de esa melancolía que de algún tiempo acá te viene mortificando.

— Sí, es cierto lo que me decís. Estoy desesperado, y no sé que hacer. Dichas estas palabras prorrumpió en copioso llanto. Le dejé desahogarse un poco, y después en un tono de broma le dije: ¡Cómo! ¿eres tú

aquel general Miguel Magone, jefe de toda la partida de Carmagnola? ¡Vaya un general! ¿no tienes valor para decirme la causa de tus pesares?

—Quisiera hacerlo, pero no sé por donde empezar; no sé cómo explicarme.

—Dime una sola palabra; yo diré las demás.

—Tengo la conciencia embrollada.

—Eso me basta, lo comprendo todo. Necesitaba esa sola palabra para poder decir las restantes. Por ahora no entraré en materia de conciencia: te daré sólo algunas reglas para que puedas arreglarlo todo. Escucha pues: Si tu conciencia está tranquila en cuanto lo pasado, prepárate solamente para hacer una buena confesión, en que expongas con sencillez lo que te haya ocurrido desde la última. Y si por temor, ú otro motivo cualquiera, dejaste de confesar algún pecado en las anteriores, ó recelas que en algunas de ellas no concurrieron todas las condiciones necesarias, en la confesión que vas á hacer debes declarar todo lo que te haya ocurrido desde la última bien hecha, descargando así cuanto aflija tu conciencia.

—Ahí está mi dificultad, ¿Cómo podré acordarme de lo que me ha ocurrido en tanto años?

Muy fácilmente. Dí á tu confesor que tienes en tu vida pasada alguna cosa que merece revisión y con esto solo tomará el hilo de todas tus faltas, de modo que á tí no te quedará más que decir si ó no tantas ó cuantas veces.

CAPITULO IV

Hace su confesión y comienza á frecuentar los sacramentos.

Magone pasó todo aquel día preparando su examen de conciencia, y tan preocupado estaba en el negocio de su alma, que no quiso acostarse aquella noche sin confesarse antes. El Señor, decía, me ha esperado mucho tiempo, esto es cierto; que me espere hasta mañana es incierto. Por tanto si esta noche puedo confesarme, no lo debo dejar para otro día: ya es hora de romper con el demonio. Hizo pues su confesión muy conmovido, interrumpiéndola más de una vez con sollozos y lágrimas. Concluida, dijo al confesor: ¿Os parece que me hayan sido perdonados todos mis pecados? Si yo muriese esta noche me iría á la gloria?

—Anda en paz, le respondió aquél. El Señor que con su misericordia infinita te esperó hasta ahora, dándote tiempo á que hicieras una buena confesión, te ha perdonado ciertamente todos tus pecados, y si por uno de sus adorables decretos te llamase esta noche á la eternidad, te salvarías.

Profundamente conmovido, ¡Oh cuán feliz soy! añadió. Después, rompiendo en nuevas lágrimas, se retiró á descansar. Fué ésta para él una noche de agitación y de emociones. Más tarde confió á algunos amigos las ideas que en aquel espacio de tiempo llenaron su cabeza.

“Es difícil, solía decir, expresar los afectos que ocuparon mi pobre corazón en aquella noche memorable.

La pasé casi toda sin poder conciliar el sueño. Quedaba algunos instantes adormecido y de repente la imaginación me hacía ver el infierno abierto y lleno de demonios. Borraba pronto estas tétricas imágenes, considerando que mis pecados, habían sido perdonados, y en aquel momento parecí me ver una multitud de ángeles que mostrándome el paraíso me decían: Contempla la dicha que te aguarda, si perseveras en tus buenos propósitos.

Después, y cuando apenas había pasado la mitad del tiempo destinado para el descanso, era tanta mi alegría y tanta la emoción de mi alma que, para darle algún desahogo, me levanté, me puse de rodillas y dije muchas veces estas palabras: ¡Oh cuán desgraciados son los que caen en el pecado! pero ¡cuánto más infelices son los que permanecen en él! Creo que si gustasen por un solo momento el gran consuelo que experimenta el que se halla en la gracia de Dios, todos irían presurosos á arrojarle á los pies de un confesor para aplacar la ira divina, tranquilizar la conciencia y gozar la paz del corazón. ¡Oh pecado, pecado! ¡qué terrible calamidad eres para los que te dejan penetrar en su corazón! Dios mío, no quiero ofenderos más en adelante; antes bien deseo amaros con todas las fuerzas de mi alma, y si por mi desgracia y flaqueza cayese en el más pequeño pecado, al momento correré á confesarme.

Así expresaba nuestro Magone su pena de haber ofendido á Dios, y proponía conservarse fiel en su santo servicio. Al efecto comenzó desde luego á frecuentar los santos sacramentos de la Confesión y Comunión;

y aquellas prácticas de piedad que en otro tiempo le eran tan enojosas después las cumplía con el mayor gozo. Á tanto llegó su complacencia y con tanta frecuencia se confesaba, que el confesor tuvo que moderarle temiendo que cayera en escrúpulos, enfermedad que muy fácilmente se apodera del espíritu de los juvenitos, cuando, dominados por la vehemencia más que por la prudencia, quieren entregarse deveras al servicio del Señor; y son graves las consecuencias de esto, porque por tal medio el astuto enemigo de las almas turba la mente, agita el corazón y hace gravoso el ejercicio de su religión dando así motivo, muchas veces, para que vuelvan á su mala vida los que ya habían dado muchos pasos en el camino de la virtud. El recurso más apropiado para librarse de tamaña desgracia es obedecer resueltamente los mandatos del confesor. Cuando él nos advierte que tal cosa es mala, evitémosla, pero cuando nos asegure que tal ó cual acción es inocente, sigamos su consejo caminando en paz y alegría del corazón. En suma, la obediencia al confesor es el medio más eficaz para librarnos de los escrúpulos, y perseverar en la gracia de Dios.

CAPITULO V.

Una palabra á la juventud.

Las inquietudes y angustias del joven Magone por un lado, y por otro la manera franca y resuelta con que arregló el triste estado de su alma, me presentan oca-

sión de ofrecerlos, amadísimos jóvenes, algunas reflexiones que considero han de ser muy útiles para vuestras almas.

Ante todo os recomiendo pongáis el mayor cuidado para no caer en pecado; mas si por desgracia incurris en alguno, no déis oído al demonio tentador, que os invitará á que lo ocultéis en la confesión. Considerad que el confesor ha recibido de Dios poder para perdonarlos todos, cualquiera que sea su número y calidad. Cuanto más graves sean vuestras culpas mayor será el gozo del sacerdote; porque sabe que es mucho mayor la divina misericordia que por su conducto os concede el perdón y los méritos infinitos de la preciosa sangre de Jesucristo, con los que puede lavar todas las manchas de vuestra alma.

Jóvenes míos, recordad que el confesor es un padre que desea ardientemente haceros todo el bien posible, y alejaros de toda clase de mal. No temais perder su estimación, comunicándole las faltas graves, ni que él haya de revelarlas á otros; porque el confesor, ni por todo el oro del mundo; ni aun por salvar su propia vida puede utilizar ni comunicar á persona alguna lo que haya oído en la confesión. Así, pues, os aseguro que cuanto más sinceros y francos seáis con él, tanto más aumentará su confianza en vosotros, y con tanto mayor acierto podrá aconsejaros y advertiros lo que considere más necesario y oportuno para el bien de vuestras almas.

He querido deciros estas cosas, para que nunca os dejéis engañar por el demonio, callando por vergüenza

algún pecado en la confesión. Ya os aseguro, jóvenes muy amados, que mi mano tiembla al escribir estos renglones ante la consideración del gran número de cristianos que se pierden enteramente por no haber declarado con sinceridad algunos pecados en la confesión. Si por acaso alguno de vosotros, repasando su vida anterior, reco dase, que ocultó algún pecado en sus confesiones, ó tuviere la más pequeña duda acerca de la validez de algunas de ellas, oiga lo que voy á decir con el mayor encarecimiento: "Amigo, por amor de Jesucristo y por la preciosa sangre que derramó por salvarte, te suplico arregles el estado de tu conciencia la primera vez que vayas á confesarte y expongas con sinceridad todo lo que amargaría tu alma, si te hallaras en el momento de la muerte. Si no sabes cómo explicarte, basta que digas á tu confesor que hay en tu vida pasa la algo que te tiene pesadoso é intranquilo. El confesor no necesita más; háblale con franqueza y ten seguridad de que todo quedará arreglado."

Buscad con frecuencia á vuestro confesor; rogad por él, y seguid sus consejos. Cuando hayáis encontrado un confesor apropiado á las necesidades de vuestra alma, no variéis sin necesidad. Si no tenéis un confesor fijo, en quien depositar vuestra confianza, os faltará el amigo del alma. Confíad también en las oraciones de vuestro confesor, que todos los días pide á Dios en la santa misa conceder á sus penitentes la gracia necesaria para que hagan buenas confesiones y perseveren en el bien; y en justa correspondencia de caridad rogad vosotros por él.

Sin embargo podréis sin escrúpulo variar de confesor, cuando él ó vosotros variéis de domicilio, ó cuando no pudierais acudir á él sin grave incomodidad, ó si estuviese enfermo, ó con motivo de la mucha concurrencia de penitentes, que pueda tener en las grandes solemnidades. De la misma manera cuando vuestra conciencia tenga algo que no se atreva á comunicar al confesor ordinario, acudid á otro antes que cometer un sacrilegio ocultándole un pecado mortal.

Y por si acaso estos apuntes llegaren á manos de quien por la divina Providencia tenga el difícilísimo cargo de confesar jóvenes, humildemente le suplico me permita, que, omitiendo otras muchas cosas, le haga con mayor respeto las siguientes observaciones:

1.ª Acoged con amabilidad á toda clase de penitentes, pero con especialidad á los jóvenes. Ayudadles á exponer el estado de su conciencia é instadles á frecuentar el santo sacramento de la Penitencia. Éste es el medio más seguro de tenerlos alejados del pecado. Poned toda vuestra industria en que practiquen los avisos que les deis para evitar las recaídas. Corregidles con bondad, pues que si los reprendéis con aspereza, ó no vendrán á buscaros, ú ocultarán aquello en que temían vuestra áspera reprehensión.

2.ª Cuando hayáis ganado su confianza, indagad con diligencia si sus confesiones pasadas fueron bien hechas. Autores célebres en moral y en ascética y de larga experiencia, y con ellos una persona de gran autoridad, conviene en que, por lo general, las primeras confesiones de los niños son nulas, ó cuando menos defec-

tuosas, por falta de instrucción ó por omisiones voluntarias. Invítese al joven á escudriñar bien el estado de su conciencia, particularmente desde los siete á los diez ó doce años. En esta edad se tiene ya conocimiento de ciertas faltas; pero ó se atiende poco á ellas ó se ignora el modo de confesarlas. Use el confesor gran prudencia y suma reserva; pero sin omitir aquellas preguntas que sean necesarias sobre la faltas referentes á la santa virtud de la modestia.

Mucho más quisiera decir sobre tan interesante asunto; pero me impongo silencio, porque no quiero presumir de maestro en materia en que no soy sino humilde discípulo. He dicho estas pocas palabras por considerarlas en el Señor de mucho provecho para las almas de la juventud, en bien de la cual me propongo consagrar todo aquel tiempo que á Dios plazca conservarme en este mundo. Volvamos ahora al joven Magone.

CAPITULO VI

Su ejemplar solicitud por las prácticas de piedad.

A la frecuencia de los santos sacramentos de la Confesión y Comunión llegó á unir Magone un gran espíritu de fe, un ejemplar solicitud y una compostura edificante en el ejercicio de las prácticas de piedad.

En la recreación parecía un caballo desbocado; en la iglesia era tal su recogimiento que no encontraba po-

sición devota para su gusto, llegando á ser en algunas ocasiones cual pudiera proponerse como modelo á un fervoroso cristiano. Su preparación para sus obligaciones del día era siempre el examen de conciencia; en el confesionario dejaba que los demás se despechasen antes que él, y entre tanto con la mayor paciencia y compostura esperaba la oportunidad de poder acercarse al confesor sin molestia de nadie. En ocasiones estuvo esperando por espacio de cuatro y cinco horas recogido, inmóvil, y de rodillas en el desnudo pavimento. Un compañero quiso imitarle, y á las dos horas cayó desfallecido y convicto de su falta de bríos para aquel género de penitencia. Y esto que parece increíble en tan tierna edad, puedo asegurarlo como testigo presencial. Se entusiasmaba oyendo hablar del modo edificante con que Domingo Savio recibía los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, y hacía todo cuanto estaba á su alcance para imitarlo.

Cuando entró en esta casa le era insoportable permanecer en la iglesia; pocos meses después se complacía en todos los ejercicios del culto por prolongados que fuesen. Lo que se hace en la iglesia, decía, se hace por el Señor; lo que se hace por el Señor nunca es perdido. Un día llamó la campana á las sagradas funciones y á un compañero que le instaba á detenerse le respondió: Sí me detengo, no voy si tú me das la paga que me da el Señor. A estas palabras el amigo no replicó y le acompañó á cumplir aquel deber religioso.

Otro compañero le preguntó una vez: ¿No te cansan las funciones cuando son largas?

¡Oh! chico, chico, tú eres como era yo antes, respondió, ¿no conoces las cosas útiles. ¿Ignoras que la iglesia es la casa del Señor? cuanto más tiempo estemos en su casa en este mundo, tanta más razón tendremos para esperar acompañarle eternamente en la iglesia triunfal del paraíso. Si con el uso se adquiere derecho á las obras temporales, ¿por qué no se ha de adquirir á las espirituales? por tanto con nuestra frecuente asistencia á la casa del Señor en este mundo adquiriremos el derecho de ir un día á acompañarle para siempre en el cielo.

Generalmente no se retiraba de la iglesia, terminada su acción de gracias por la confesión y comunión ó concluidas las sagradas funciones, sin hacer un rato de oración delante de los altares del Santísimo Sacramento y la Virgen Santísima con tal recogimiento y unción que quedaba completamente extraño á todo cuanto le rodeaba. Á veces los compañeros, por inquietarle, pasaban por su lado, le empujaban, tropezaban con él y aun le pisaban; y él, como si nada ocurriese, continuaba tranquilamente su oración.

Tenía en mucha estima todos los objetos de devoción. Una medalla, una crucecita, una estampa eran para él de gran veneración. En el momento en que advertía que se estaba dando la Sagrada Comunión, ó que se rezaba ó se cantaba alguna alabanza religiosa, suspendía la recreación y se dirigía á tomar parte en aquel canto ú oración.

Tenía bastante afición al canto, y como poseía una voz argentina y gratísima se le aplicó también al estu-

dio de la música. En poco tiempo adquirió conocimiento para poder tomar parte en las funciones públicas. Aseguraba, y lo dejó escrito, que no hubiera querido despegar jamás sus labios para pronunciar una palabra que no fuera dirigida á la mayor gloria de Dios. ¡Ojalá! decía, que ya que mi lengua no hizo antes lo que debía, en adelante al menos remedie su falta. Tenía anotado en su librito de memorias, entre otros, este propósito: "Oh Dios mío, haced que mi lengua se seque en mi paladar antes que pronunciar una palabra que no sea de vuestro divino agrado".

En el año 1853 tomó parte en las funciones que con motivo de la novena de Navidad tuvieron lugar en un retiro en esta Capital. Una tarde los compañeros elogiaban el buen éxito que había tenido en aquel día la parte de canto ejecutada por Magone. Al oírlos él, entristecido y confuso se separó de ellos; é interrogado por el motivo, se echó á llorar diciendo: "He trabajado en balde; porque, complaciéndome, cuando cantaba perdí la mitad del mérito, y ahora estas alabanzas me hacen perder la otra mitad, así que no me queda más que el cansancio."

CAPITULO VII

Su puntualidad en el cumplimiento de sus deberes.

La índole fogosa y vehemente imaginación de nuestro joven, no menos que su corazón lleno de afectos le hacían aparecer naturalmente lijero, y á primera

vista disipado. Pero él sabía contenerse á tiempo, y refrenarse cuando la ocasión lo exigía. La recreación, como se ha dicho, la hacía completa; todo el ámbito del extenso patio de esta casa era recorrido por Magone en pocos minutos. No había juego en que no fuese el primero; pero una vez dada la señal para el estudio, las clases, el reposo, la comida, la iglesia, todo lo suspendía inmediatamente y corría á cumplir sus deberes. Admiraba el ver como aquel joven que era el alma de la recreación y todo lo tenía en movimiento cual si lo impulsase una máquina, era también el primero en aparecer allí donde el deber le llamaba.

En cuanto al cumplimiento de sus deberes escolares, creo digno de trasladar aquí la juiciosa calificación del que fué su profesor en las clases de latinidad, el sacerdote Don Juan Francesia. "Con el mayor gusto, escribié, doy testimonio de la virtud de mi muy querido discípulo Miguel Magone. Estuvo bajo mi dirección todo el año escolar de 1857 y una parte del 58 al 59 Nada acaeció de extraordinario, que yo sepa, en su primer año de latín. Se portaba constantemente bien. Por su aplicación y laboriosidad en las clases cursó en un solo año dos de latinidad, lo cual mereció ser admitido en el mismo al tercero de gramática latina. Esto sólo da á conocer que su talento no era común. No recuerdo haber tenido que reprenderle jamás; pues siempre estaba en la clase con el mayor gusto y sin inquietud, á pesar de aquella extraordinaria vivacidad de que tan grandes muestras daba en el patio á la hora de la recreación. Muy al contrario, sé que procuró estrechar

amistad con los mejores de sus condiscípulos é imitar sus ejemplos. En el año 2^o. (58 á 59) me veía rodeado de una escogida porción de jóvenes alegres y todos unánimes en el deseo de no perder un instante de tiempo para adelantar en los estudios: Miguel Magone era de los primeros entre ellos. Por otra parte me llamó mucho la atención en este año el total cambio que advertí tanto en su físico como en su moral, y una no acostumbrada gravedad unida á cierto aspecto que le hacía aparecer mucho más serio, y un no sé qué que en su semblante se reflejaba dando á conocer que su corazón sentía el influjo de graves pensamientos. Yo creo que ese cambio era hijo de su decidida resolución de entregarse todo á la piedad, porque en efecto podía proponerse como modelo á la virtud. ¡Me parece verte ahora ¡oh llorado alumno! en aquella actitud reverente y atenta con que escuchabas la enseñanza de tu maestro, oscuro discípulo, por otro lado, de tus virtudes! verdaderamente parecías como despojado del antiguo Adán.

Al contemplarlo tan aplicado á sus deberes y tan insensible á toda distracción, natural en aquella edad, quién no le hubiera aplicado aquel verso de Dante:

“Sotto biondí capei canuta mente?”

Recuerdo que una vez para probar la atención y aprovechamiento de mi siempre amado discípulo le invité á medir un dístico que yo había dictado poco antes. Soy poco capaz me respondió modestamente Miguel. Véamos pues lo poco, le añadí.

Y ¿qué? lo hizo tan bien, que fué felicitado por mí

y por sus murvillados compañeros con muchos y repetidos aplausos. Desde entonces, el poco de Magone quedó por proverbio en la escuela para indicar á un joven distinguido en el estudio y aplicación.” Hasta aquí su profesor.

En el cumplimiento de sus demás obligaciones era ejemplar. El Superior de la casa había dicho muchas veces: que cada momento de tiempo es un tesoro. Pues él frecuentemente repetía: el que pierde un momento de tiempo pierde un tesoro.

Movido por este pensamiento trabajaba sin descanso. Tengo ahora á la vista las notas de diligencia y de conducta de cada semana del tiempo que estuvo entre nosotros. De ellas aparece que en las primeras semanas su conducta fué mediana, después buena, luego casi óptima. A los tres meses comenzó á ser sobresaliente, y así continuó todo el tiempo hasta su muerte.

En la pascua de aquel año (1858) hizo los ejercicios espirituales con gran ejemplo para sus compañeros y verdadero consuelo para su corazón. Realizó su constante deseo de hacer confesión general, anotando después en su librito de recuerdos varios propósitos para toda su vida. Entre otros tenía el de hacer voto de no perder un instante de tiempo, lo cual no le fué permitido. Al menos, dijo, concédaseme prometer al Señor que he de obrar siempre de la manera mejor. Hizo, pues, le respondió el director, pero que esta promesa no tenga fuerza de voto. Formó por entonces un cuaderno en el que preventivamente anotaba el propósito que quería cumplir en cada día de la semana. Con la

ayuda de Dios, decía, y con la protección de la Virgen Santísima quiero obrar:

El Domingo, muy bien

El lunes, muy bien

El martes, etc.

Todas las mañanas su primer pensamiento era dirigir una mirada á su pequeño cuaderno, y muchas veces durante el día lo repasaba para renovar la promesa de obrar muy bien. Y cuando creía haber cometido alguna falta, él mismo la castigaba con penitencias voluntarias; ya absteniéndose de algún rato de recreación, ya privándose de alguna cosa de las que más le gustaban, ya haciendo alguna oración ó cosas semejantes.

Ese precioso cuadernito fué hallado después de su muerte por sus compañeros, que quedaron edificados por las santas industrias anotadas en él para estímulo en el camino de la virtud. Quería que todo se hiciese con la mayor perfección: así es que, como se ha referido ya, cuando tocaba la señal de hacer alguna cosa, inmediatamente suspendía el juego, cortaba la conversación, aunque fuera á la mitad de una palabra, soltaba la pluma en cualquier punto del renglón para llegar más pronto á donde el deber le llamaba. Solía decir: Es verdad que concluyendo lo que tengo entre manos hago una cosa buena; pero mi corazón lejos de sentir gozo se disgusta: el mayor placer de mi corazón está en el cumplimiento de mis obligaciones en el tiempo y forma en que me las ordena la voz de mis superiores ó el toque de la campana.

Esta invariable exactitud en el cumplimiento de

sus deberes no le impedía portarse con la urbanidad que aconsejan la buena educación y la caridad. Porque se ofrecía prontamente á escribir cartas á aquellos para quienes no tenía obligación ni necesidad. Limpiar la ropa á otros, llevar agua, hacerles las camas, barrer, servir á la mesa, ceder sus juguetes al primero que los deseaba, enseñar á otros el catecismo y el canto, explicarle cualquiera dificultad de las lecciones, eran cosas á las que se prestaba con el mayor gusto siempre que se presentaba la ocasión.

CAPITULO VIII

Su devoción á la Santísima Virgen.

Es preciso decirlo: la devoción á la Sma. Virgen es el sostén de todo fiel cristiano; pero lo es de un modo particular de la juventud. Así lo dice en nombre de la misma Virgen el Espíritu Santo: "Si quis est parvulus veniat ad me." Nuestro Magone aprendió esta importante verdad, puede decirse, de un modo providencial. Le regalaron cierto día una estampa de la Virgen y en la parte inferior tenía escritas estas palabras: "Venite, filii, audite me, timorem Domini docebo vos;" esto es, "Venid, hijos, escuchadme, yo os enseñaré el santo temor de Dios." Comenzó á reflexionar sobre esta invitación: después escribió una carta á su director, en que le decía haber sentido la voz de la Sma. Virgen que le alentaba á ser bueno, para lo cual Ella misma

le enseñaría el modo de temer á Dios, de amarlo y de servirlo.

En consecuencia empezó desde luego á componer algunas florecillas que constantemente había de practicar en honor de aquella á quien dió el título de Madre Celestial, Divina Maestra, Piadosa Pastora. Hé aquí los principales actos de fiel devoción que con fervor creciente cada día dirigía á la Virgen:

Todos los domingos comulgaba en sufragio del alma que en vida fué más devota de María Santísima. Perdonaba espontáneamente en honor de María cualquiera ofensa. El frío, el calor, el cansancio, la sed, eran otras tantas florecillas que con alegría ofrecía á Dios por manos de su piadosa Madre Celestial.

Antes de ponerse á estudiar ó escribir en su cuarto ó en la clase, sacaba de un libro una imagen que tenía escrito este verso:

“Virgo parens, studiis semper adesto meis.”
Virgen madre, asistidme en mis estudios.

A Ella se encomendaba al principiar todas sus tareas escolares. Yo, solía decir, acudo á mi Divina Maestra y todo me lo explica. Un día en que cierto amigo suyo se felicitaba con él por lo bien que había sabido su lección, le contestó: no te felicites conmigo sino con María que me ayudó y me puso en la cabeza muchas cosas que por mí no hubiera sabido.

Para tener siempre presente algún objeto que le recordase la protección de María, acostumbraba escribir en donde ponía: “Sedes Sapientiae ora pro me.” “Oh

María, asiento de la sabiduría, ruega por mí.” Sobre todos sus libros, sobre el forro de sus cuadernos, en la mesa, en los bancos, en su propia silla y en cualquier lugar en que hubiera podido escribir con la pluma ó con el lápiz, se leía: “Sedes Sapientiae ora pro me.”

En el mes de Mayo de 1858 se propuso hacer lo posible para honrar á María. En aquel mes la mortificación de sus ojos, de su lengua y de sus demás sentidos fué completa. Quiso también privarse de una parte de la recreación, ayunar y pasar algunos ratos de la noche en oración; pero no se le permitió por ser cosas incompatibles con su edad.

Al finalizar el mes se presentó al director y le dijo: Quiero hacer un obsequio especial á la madre de Dios, si V. me lo permite. Sé que San Luis Gonzaga agradó mucho á María, porque desde niño le consagró la virtud de la castidad. Y yo también quiero ofrecerle este dón, y para ello deseo hacerle el voto de abrazar el estado eclesiástico ó de guardar perpetua castidad.

El director le contestó que no era su edad competente para hacer votos de tanta importancia: Bien, le interrumpió, mas yo me siento con gran voluntad de consagrarme todo á María, y si á Ella me consagro me ayudará ciertamente á mantener mi promesa.

El director le replicó: En vez de un voto límitate á una simple promesa de hacerte sacerdote, si al concluir las clases de latinidad aparecen claras señales de tu vocación; y en cuanto al voto de castidad haz solamente la promesa al Señor de no decir ni hacer cosa alguna que contrarie en lo más mínimo aquella subli-

me virtud. Invoca todos los días á la Virgen con alguna oración especial para que te ayude á sostener este ofrecimiento.

Esta proposición fué muy de su agrado y con la mayor alegría prometió hacer cuanto pudiera para ponerla en ejecución.

CAPITULO IX.

Su empeño y diligencia en conservar la virtud de la pureza.

A las prácticas antedichas añadió algunas advertencias ó recuerdos que acostumbraba llamar padres, custodios y guardianes de la virtud de la pureza. Una muestra de estas advertencias tenemos en la respuesta que dió á una carta de un compañero suyo al terminar el mencionado mes de María. En ella le preguntaba su compañero qué acostumbraba él practicar para conservar incólume la reina de las virtudes, la pureza.

Ese compañero me ha presentado la carta, de que tomo lo siguiente: "Para darte una respuesta completa quisiera poder hablarte y decirte muchas cosas que me dió mi director para asegurar la conservación de la más preciosa entre todas las virtudes. Un día me entregó un billetito diciéndome: lee y practica. Lo abrí y decía: "Cinco avisos que San Felipe Neri daba á los jóvenes para conservar la virtud de la pureza." Huir de las malas compañías. No alimentar delicada-

mente el cuerpo. Huir del ocio. Oración frecuente. Frequentar los sacramentos, especialmente el de la Confesión." Lo que aquí aparece en resumen me lo explicó en otras ocasiones más extensamente, y yo te comunico como lo oí de su boca: Te digo, pues:

1.º Ponte con filial confianza bajo la protección de María. Confía en Ella; espera en Ella. No se ha oído jamás en el mundo que quien ha acudido con confianza á María no haya sido escuchado. Ella misma será tu defensa en los asaltos del demonio.

2.º Cuando notes que se acerca alguna tentación, ponte al instante á hacer algo. El ocio y la modestia no pueden vivir juntos. Por eso evitando el ocio vencerás fácilmente las tentaciones contra aquella virtud.

3.º Besa frecuentemente la medalla ó el crucifijo; haz la señal de la cruz con fe viva diciendo: Jesús, José y María, ayudadme á salvar el alma mía. Esos nombres son los más terribles y formidables para el demonio.

4.º Si el peligro continúa, recurre á María con las oraciones que la Santa Iglesia tiene establecidas, esto es, Santa María madre de Dios, rogad por mí pecador.

5.º A más de no regalar el cuerpo y vigilar mucho los sentidos, particula mente los ojos, guárdate de toda clase de malas lecturas. Y si las indelicadas te ofrecieren algún peligro, abandónalas inmediatamente, reemplazándolas con las de buenos libros, prefiriendo los que hablan de las glorias de María y del Smo. Sacramento.

6.º Huye de las malas compañías: escoge buenos

compañeros entre aquellos cuya conducta merezca las alabanzas de tus superiores. Habla y juega con ellos, procurando imitarles en las palabras, en el cumplimiento de sus deberes y sobre todo en las prácticas de piedad.

7.º Confiéstate y comunica con la frecuencia que te indique tu confesor; y si tus ocupaciones te lo permiten, visita con frecuencia también al Santísimo Sacramento.

Estos eran los siete consejos que Magone llamaba en su carta los siete guardias de María, destinados á hacer constantemente la guardia á la santa virtud de la pureza. Para tener todos los días un estímulo á la piedad, practicaba especialmente uno en cada día de la semana, agregándole alguna otra cosa en honor de María. Así el primer consejo va unido á la consideración de la primera alegría que gozó la Virgen en el cielo. El segundo á la segunda alegría para lunes, y así sucesivamente los demás. Concluida la semana de esta manera, guardaba el mismo orden correlativo en la siguiente con las consideraciones de los siete dolores de María, de modo que el consejo indicado con el número 1.º lo practicaba el domingo en honor del dolor y en los demás días los restantes.

Quizás alguien dirá que estos actos de piedad son demasiado triviales. Pero notemos, que así como el esplendor de la virtud de que tratamos puede empañarse y aun perderse al más ligero soplo de tentación, así también la más pequeña cosa que contribuya á conservarlo debe tenerse en grande estima. Por esto yo aconse-

jaría que se propongan generalmente cosas fáciles, porque las difíciles y penosas suelen espantar y cansar á los fieles y principalmente á los jóvenes. Los ayunos, las oraciones largas y otras rigideces semejantes se omiten, por lo común, ó se practican con pena y poca exactitud. Aconsejemos cosas fáciles y que se hagan con perseverancia. Este fué el sendero que condujo á nuestro Miguel á un maravilloso grado de perfección.

CAPITULO X.

Muestra de su arida hacia el prójimo.

Al espíritu de viva fe, de fervor y de devoción hacia la Bienaventurada Virgen María unió Magone la más industriosa caridad para con sus compañeros. Sabía que el ejercicio de esta virtud es el medio más eficaz para acrecentar nuestro amor á Dios; así es que no desperdiciaba la más pequeña ocasión de ponerla en práctica. Tomaba parte en la recreación con tal entusiasmo, que no sabía distinguir si se hallaba en el cielo ó en la tierra; y sin embargo, si algún compañero se le presentaba deseoso de jugar con sus juguetes, inmediatamente se los cedía, y él continuaba recreándose de otro modo. Muchas veces le ví yo mismo abandonar el juego de la pelota para cederle el puesto á otro y muchas bajarse de los zancos para que subiese un compañero, á quien con el mayor gusto ayudaba y amestraba para que el juego fuese más animado y al mismo tiempo exento de peligros.

Si veía á un compañero affigido, al momento se le acercaba, le cogía por la mano, le acariciaba, y le distraía con cuentecillos; si llegaba á conocer la causa de su afficción, procuraba animarlo dándole un buen consejo, y, si era preciso, intercedía en su favor cerca de los superiores ó de quien le pudiese consolar.

Explicar alguna dificultad á un compañero, ayudarle en algún trabajo, servirle agua, hacerle la cama, eran para él ocasiones de gran placer. Tenía un discípulo que sufría mucho en el invierno con los sabañones y que no podía tomar parte en la recreación, ni cumplir muchos de sus deberes, como deseaba; pues bien, Magone le servía gustosísimo escribiéndole los temas de la clase y las copias que había de presentar al maestro, ayudándole á vestirse, haciéndole la cama y hasta le dió sus mismos guantes para que pudiese librar mejor las manos del frío. ¿Qué más podía hacer un niño de aquella edad? Su carácter fogoso con facilidad le arrancaba violentos ímpetus de cólera; pero bastaba decirle: Magone, ¿qué haces? ¿es esa la venganza del cristiano? Esto sólo le calmaba y humillaba hasta ir á pedir perdón al compañero con quien se había enfadado, rogándole no se escandalizara de su indigno proceder. Esto ocurría en los primeros meses que estuvo en el Oratorio: después su buena voluntad le llevó en breve á vencerse á sí mismo, y aun le hizo llegar á ser el pacificador general en todos los disgustos y querellas de los compañeros. Apenas ocurría una riña de cualquier género entre ellos, Magone, aunque de pequeña estatura, acudía al momento entre los conten-

dientes, y con palabras ó con la fuerza, si e. a necesario, procuraba calmarlos. Tengamos juicio, solía decir, porque entre nosotros debe obrar la razón y no la fuerza. Otras veces añadía: Si el Señor usara la fuerza á la menor ofensa nuestra, muchos seríamos exterminados al instante. Por tanto, si Dios omnipotente ofendido usa de misericordia, ¿por qué nosotros, miserables gusanillos de la tierra, no hemos de sufrir y tolerar, sin tomar venganza, los disgustos y aun las ofensas que se nos inferan? A otros decía también: Todos somos hijos de Dios y por consiguiente hermanos; el que toma venganza de su prójimo deja de ser hijo de Dios y se hace hermano de satanás.

Enseñaba á los otros con mucho gusto el catecismo, se preparaba con la mejor voluntad á servir á los enfermos y aun pedía con empeño velarlos durante la noche, aunque o fuera absolutamente necesario. Movido un compañero por los cuidados que le había prodigado, le dijo: ¿Cómo podré yo pagarte, querido Magone, los muchos malos ratos que te ha proporcionado mi asistencia?—Ofreciendo á Dios, le contestó, una sola vez tu enfermedad en penitencia de mis pecados.

Otro compañero muy disipado, proporcionaba frecuentemente graves desazones á los superiores. Encomendado á Magone de un modo especial para que emplease los medios de atraerle á la enmienda, promoviendo é impulsando en su corazón los buenos sentimientos, Miguel puso manos á la obra. Comenzó por ganar su afecto asociándosele en las recreaciones, haciéndole regalos, dirigiéndole avisos en forma de bille-

titos hasta que llegó á contraer con él un íntimo afecto; pero sin hablarle aún nada de religión.

Aprovechando un día la proximidad de la fiesta de San Miguel, le dijo: Dentro de tres días se celebrará la fiesta de San Miguel; tú deberías hacerme un buen regalo.

—Sí que te lo haré; pero siento que lo hayas anunciado, porque pensaba sorprenderte.

—Te lo he dicho porque quisiera que fuese también de mi gusto.

—Sí, sí, di pues; estoy pronto á hacer lo que pueda por complacerte.

—¿Estás dispuesto?

—Sí.

—Y si te costase trabajo, ame lo harías igualmente.

—Lo hago del mismo modo; te lo prometo.

—Quisiera que el día de San Miguel me regalases una buena confesión, y si estuvieras muy bien dispuesto también una buena comunión.

El compañero no se atrevió á negarse á aquella virtuosa petición, y los tres días que faltaban para la fiesta los empleó en ejercicios especiales de piedad. Magone se dedicó con particular empeño á preparar á su amigo para aquel banquete espiritual; y en el día señalado los dos recibieron los santos sacramentos, con verdadera satisfacción de los superiores y edificante ejemplo de los compañeros.

Magone pasó aquel día en honesto gozo con su amigo, y al llegar la tarde le dijo: Hemos hecho una gran fiesta: estoy contento; en honor de la verdad, me has

complacido. Dime ahora: ¿estás tú satisfecho también de lo que hemos hecho hoy?

—Sí, estoy contentísimo; y lo estoy especialmente porque me he preparado bien. Te agradezco tu invitación; y si ahora tienes que darme algún buen consejo lo recibiré con verdadera gratitud.

—Sí, tengo un buen consejo que darte; porque lo que hemos hecho es la mitad de la fiesta, y yo quisiera que me hicieras la mitad del regalo. De mucho tiempo á esta parte tu conducta no es la que debiera ser. Tu género de vida desagrada á tus Superiores, afiige á tus padres, te engaña á tí mismo, te priva de la paz del corazón, y después de todo... tendrás que dar un día cuenta á Dios del tiempo perdidlo. Por tanto, desde ahora en adelante huye de la ociosidad, juega y regocíjete cuanto quieras, pero no descuides tus deberes.

El compañero vencido hasta entonces en la mitad lo quedó ya por completo. Se hizo un fiel é íntimo amigo de Magone, procuró imitarlo en el exacto cumplimiento de las obligaciones de su estado, y al presente por su aplicación y moralidad es el consuelo de los que le tratan.

He querido referir este hecho con sus más menudas circunstancias, ya para que resplandezca y brille en todo su esplendor la caridad de Magone, ya también para no poner ni quitar nada á la sencilla relación que de él me ha hecho el favorecido compañero de nuestro Miguel.

CAPITULO XI

Algunos chistes y dichos agudos de Magone.

Todo lo dicho hasta aquí son cosas sencillas y fáciles de imitar. Voy ahora á referir algunas agudezas, dignas por su amenidad y gracia, de ser más bien admiradas que imitadas. Sirvan sin embargo para realzar la bondad de corazón y el ardor religioso de este bendito joven.

Hé aquí algunas, entre otras mucha, de que yo mismo he sido testigo.

Estaba un día conversando con sus compañeros y algunos de ellos proferían frases impropias de un joven cristiano y bien educado. Apenas los oyó Magone, metiéndose los dedos en la boca comenzó á silbar de un modo atronador. ¿Qué haces, le dijo uno de ellos, eres tonto? Magone dió por toda contestación un segundo silbido mayor aún que el primero. ¿Dónde está la educación? replicó el otro; ¿es este modo de portarse entre gentes? Magone contestó entonces: Si vosotros haceis los tontos hablando mal ¿por qué no lo puedo hacer yo para interrumpir vuestra inconveniente conversación? Si vosotros quebrantais todas las leyes de la urbanidad usando frases y palabras que no convienen á un cristiano, ¿por qué no he de poder yo romper las mismas leyes para impedirlo? Tales palabras, según testimonio de uno de aquellos mismos compañeros, les hicieron el efecto del más elocuente sermón.

Nos miramos, dice los unos á los otros, y ninguno se atrevió á continuar murmurando, que era el tema general de nuestra conversacion. Desde entonces, estando Magone presente, todos medían bien las palabras que habían de decir para no verse confundidos por los terribles labios de su compañero Miguel.

Al atravesar un día la plaza del Castillo en Turín, en compañía de su Superior, oyó á un rapazuelo blasfemar el santo nombre de Dios. Fuera de sí y como por influjo de una fuerza eléctrica, sin reparar ni en el lugar ni en el peligro, en dos saltos se arrojó sobre el blasfemo y le sacudió dos grandes bofetadas diciendo: ¿Se trata así el santo nombre del Señor? El rapazuelo, que era de más estatura, irritado por tan inesperada y violenta advertencia, por la burla de sus compañeros y por la sangre que le salía de las narices; montado en cólera, arremetió á su vez á Magone y los puntapiés, puñadas y bofetones llovian de uno á otro contendiente. Afortunadamente el Superior acudió al instante y logró, aunque no sin dificultad, poner paz entre ellos. Cuando Magone fué dueño de sí mismo y reflexionó, comprendió su ligereza al corregir de aquella brusca manera al deslenguado, se arrepintió de ello y ofreció que en adelante procedería con mayor cautela, limitándose á simples y amigables amonestaciones.

En otra ocasión discutían varios jóvenes acerca de la eternidad de las penas del infierno, y uno de ellos en tono de broma dijo: Procuremos no ir allá; pero si vamos, paciencia. Fingiendo Miguel no haberse fijado en lo dicho fué en busca de un fósforo y al poco rato

volvió. Aprovechando después una oportunidad en que el referido compañero tenía las manos atrás, encendió el fósforo y se lo aplicó á ellas. Al sentir aquel la quemadura volvió derrepente y le dijo á Magone: Qué haces, majadero! eres tonto? No soy tonto, le respondió, sino que quiero poner á prueba tu heroica paciencia! porque, si te sientes con ánimo para soportar las penas del infierno por una eternidad, no debe inquietarte la pequeña llama de un fósforo que dura un momento. A todos hizo gracia y movió mucho á risa la feliz ocurrencia, y el paciente dijo en alta voz: Verdaderamente que no es agradable el infierno.

Otros compañeros quisieron una mañana que les acompañase á confesarse en un lugar determinado y con un confesor desconocido, para lo cual le esforzaban alegando mil pretextos. No, les respondió; no quiero ir á parte alguna sin permiso de mis superiores. Además, yo no soy un bandido. Los ladrones temen ser conocidos por los guardias civiles, y por eso andan siempre en busca de lugares y de personas desconocidas para no ser descubiertos. No, yo tengo mi confesor, á él confieso lo pequeño y lo grande sin temor alguno. La manía ó empeño en ir á confesarse en otro lugar demuestra que no amáis á vuestro confesor ó que tenéis cosas graves que confesar. Como quiera que sea, hacéis mal en alejaros de casa sin permiso. Si tenéis alguna razón para cambiar de confesor os aconsejo ir, como yo iría, á cualquiera de los sacerdotes que todos los sábados y todos los días de fiesta vienen á confesar á los niños del Oratorio.

En todo el tiempo que estuvo entre nosotros una sola vez fué de vacaciones á su casa. Después, á pesar de mis instancias, no quiso ir más, no obstante que su madre y otros parientes le deseaban. Cuando se le preguntaba el motivo esquivaba siempre la contestación sonriendo. Al fin un día descubrió el secreto un amigo suyo. He ido una vez, le dijo, á mi casa á pasar unos días de vacaciones; pero en adelante, como no me obliguen, no iré más.

—¿Por qué? le interrogó el amigo.

—Porque en casa existen los peligros del tiempo pasado. Los lugares, las distracciones y los compañeros me obligan á vivir como entonces, y yo no quiero volver atrás.

—Es necesario ir de buena voluntad y poner en práctica los avisos que nos dan nuestros superiores antes de partir.

—La buena voluntad es una nieve que se me deshace entre las manos cuando vivo lejos del Oratorio; y los avisos sirven para algunos días; después las compañías me la hacen olvidar.

—De modo que según tu opinión ninguno deberá ir á casa en las vacaciones, ninguno ir á ver á sus padres?

—De modo que según mi opinión, vaya á vacaciones el que se sienta con fuerzas para vencer los peligros; yo no me siento bastante fuerte. Lo que creo cierto es que si pudiera verse el interior de los compañeros, se descubrirían muchos que salen de casa con alas de ángeles y vuelven con dos cuernos en la frente como diablillos.

Magone era visitado de cuando en cuando por un antiguo compañero á quien deseaba traer al camino de la virtud. Entre los varios pretextos con que su camarada se resistía á escucharle, un día expuso el de que él conocía á un individuo quien desde mucho tiempo no frecuentaba los actos de religión, y que sin embargo, decía, está gordo, gordo y bueno y sin ningún pesar. Miguel tomó al amigo de la mano y lo condujo al patio en que un carretero descargaba de su carro materiales de construcción, y le habló así: ¿Ves el mulo que arrastra ese carro? También él está muy gordo, y muy sano, y sin ningún pesar y no se ha confesado nunca, ni jamás ha entrado en la iglesia. ¿Quieres tú asemejarte á ese animal que no tiene ni alma, ni razón, ni otra obra que cumplir en este mundo que la de trabajar mientras vive, para su dueño, y servir después de pasto á las aves de rapiña y de abono á los campos? Sintióse mortificado el compañero con esta tan oportuna consideración, y en adelante no se atrevió á aducir tan frívolos pretextos para eximirse del cumplimiento de sus deberes religiosos.

Omito otras muchas anécdotas semejantes: bastan las referidas para comprender bien la bondad de este jovencito y la grande aversión que tenía al mal, aversión tal que á veces le arrastró á excesos de celo por impedir la más pequeña ofensa de Dios.

CAPITULO XII

Sus vacaciones en Castelnuovo de Asti. Virtudes que practicó en aquella ocasión.

Como nuestro Miguel se resistía tanto á ir de vacaciones á la casa materna, viéndole yo algo quebrantado en la salud por las fatigas escolares, decidí enviarle á Miraldo, en Castelnuovo de Asti punto adonde suelen ir en otoño á reponerse y gozar del aire puro del campo los jóvenes de este oratorio, que no tienen cerca la casa de sus padres ó bienhechores. En premio, pues, de su buena conducta quise anticiparle la temporada y con él y otros varios dispuse la comitiva de que yo también formé parte. Durante el camino tuve tiempo de conversar largamente con el jovencito, descubriendo en él un grado de virtud muy superior á mis esperanzas.

Dejo á un lado los deliciosos y edificantes ratos que me proporcionó su compañía, para limitarme á narrar tan solo algunos hechos que demuestran algunas otras virtudes de su alma, no señaladas aún, y principalmente la de la gratitud. En el camino nos sorprendió tan abundante lluvia que llegamos empapados á Chieri. Allí nos dirigimos á casa del Caballero Marcos Gonella que recibe con suma bondad á los jóvenes de nuestras casas, que por la suya pasan. En el momento nos proporcionó ropa para cambiar nuestros vestidos y después una comida que, si por parte de quien la ofrecía era

digna de un gran señor, fué correspondida por parte de los comensales con un excelente apetito.

Terminada la comida descansamos algunas horas y tomando de nuevo el camino. Poco trecho habíamos andado, cuando un compañero advirtió que Magone se iba quedando atrás, retardó también el paso para aproximársele por si le había ocurrido algo, y al llegar á él notó que iba hablando en voz baja.

—Estás cansado, le dijo, amado Magone, es verdad?

—Nó, no estoy cansado, iría, si fuera preciso, hasta Milán.

—Qué ibas murmurando ahora en voz baja?

Rezaba el Rosario de Ntra. Señora por aquel señor que tan bondadosamente nos ha acogido; yo no puedo pagarle de otra manera, y por eso pido al Señor y á su Santísima Madre le colme de bendiciones y le centuple los bienes.

Debo notar de paso, que semejantes pruebas de gratitud las daba aún por los más pequeños favores, y sobre todo era tiernísimo para con sus bienhechores. Si no temiese molestar al lector transcribiría algunas de las muchas cartas escritas por él, mostrándome el más extremado agradecimiento por su admisión en esta casa. Diré solamente que tenía costumbre de hacer todos los días una visita á Jesús Sacramentado y rezar por la mañana tres Pater, Ave y Gloria por los que de algún modo le habían hecho bien.

Muchas veces me estrechaba afectuosamente la mano, y mirándome con los ojos vertiendo lágrimas, me

decía: No sé cómo expresarle mi agradecimiento por la gran caridad que ha tenido conmigo admitiéndome en el Oratorio. Trataré de recompensársela con mi buena conducta y rogando á Dios todos los días para que le bendiga á V. y sus trabajos.

Hablando con mucho gusto de los maestros, de los que le habían enviado á nosotros ó que de algún modo le ayudaban, y lo hacía siempre con respeto, no avergonzándose jamás de declarar su pobreza por una parte y su reconocimiento por otra. Siento, se le oyó decir muchas veces, no tener medios para demostrar como quisiera mi gratitud; pero conozco el bien que me hacen y jamás olvidaré á mis bienhechores, y mientras viva rogaré constantemente al Señor que les conceda una gran recompensa. Estos mismos sentimientos de gratitud demostró también cuando el Sr. Cura de Castelnuovo de Asti convidó á comer en su casa á nuestros jóvenes. En la noche de aquel día me dijo: Si me lo permite pienso ofrecer mañana la Sagrada Comunión por el Sr. Cura que nos ha proporcionado un día de tanto gozo. Y no sólo le fué permitido, sino que á su ejemplo se recomendó á los demás hicieran lo mismo, según lo acostumbrado hacer en semejantes ocasiones en favor de los bienhechores de nuestras casas.

En aquella misma temporada tuve el gusto de observar bien otro acto de virtud digno de mencionarse. Un día nuestros jóvenes fueron en una expedición de campo al bosque vecino. Y como es natural, unos se entretenían en buscar hongos, otros castañas, otros

nueces, otros reunían y amontonaban hojas; en una palabra, se ocupaban en todo lo que pudiera proporcionarles agradable pasatiempo. Magone disimuladamente se alejó y se fué al Oratorio. Un compañero lo advirtió y temiendo que se hubiera enfermado le siguió. Magone, que creía no ser visto, llegó á casa, y sin buscar á nadie ni hablar palabra, se dirigió á la iglesia. El que le había seguido lo encontró en ella, solo, de rodillas, ante el altar del Santísimo Sacramento, en envidiable oración.

Preguntado después sobre el motivo de aquella inesperada separación de sus compañeros, contestó: Temía mucho caer en pecado y por esto fuí á suplicar á Jesús Sacramentado me diera fuerzas para perseverar en su santa gracia.

Otro curioso episodio sucedió en aquellos mismos días. Una noche, cuando todos nuestros jóvenes se habían retirado ya á descansar, oigo á uno que lloraba. Me asomo á la ventana y veo á Magone en un ángulo del patio, que miraba la luna y suspiraba derramando lágrimas. «Que tienes, Magone, te sientes mal?» le dije.

Él, que creía estar solo y no ser visto, se turbó y no acertaba á responder; mas, insistiendo yo en mi pregunta, al fin me contestó con estas precisas palabras:

Lloro mirando la luna, al considerar que tantos siglos hace que aparece con inalterable regularidad para iluminar las tinieblas de la noche, sin desobedecer jamás las órdenes del Criador; mientras yo que soy un sér racional, yo que soy cristiano, que debiera haber sido fidelísimo á las leyes de Dios, le he desobedecido

mil veces y de mil maneras ofendido. Dicho esto se puso de nuevo á llorar. Le animé con algunas palabras de consuelo que devolvieron la calma á su espíritu, y se retiró á descansar.

Es ciertamente digno de admiración que un niño de catorce años apenas, poseyera tanta elevación de criterio y raciocinio; pero así es la verdad, y de ello podría presentar otros muchos hechos que prueban que Magone era capaz de reflexiones muy superiores á su edad, y especialmente la gran facilidad con que descubría y y entreveía en todo la mano de Dios y la obligación de toda criatura de prestarle pronta y ciega obediencia.

CAPITULO XIII

Su preparación para la muerte.

Nuestro Miguel vivió cerca de tres meses después de las vacaciones de Castelnovo de Asti. Era de estatura pequeño, pero sano y robusto. De ingenio despierto y suficiente para seguir con lucimiento en cualquiera carrera que hubiese emprendido. Amaba mucho el estudio y obtenía en él un provecho no común. En piedad llegó á un grado que en sus años no hubiera yo sabido qué quitar ó poner para presentarle como modelo á la juventud. De índole viva, pero bueno y devoto, gozaba mucho aun en las más pequeñas prácticas de religión. Las hacía con alegría y sin escrúpulo, de modo que por su piedad, aplicación y genio amable, era ama-

do y venerado de todos, al par que por su viveza y jovialidad era el ídolo de la recreación.

Hubiéramos deseado ciertamente que aquel modelo de vida cristiana no hubiera dejado este mundo hasta la más avanzada vejez; porque, ora en el estado eclesiástico á que se mostraba inclinado, ora en el seular, habría hecho mucho bien á su país y á la religión. Pero Dios lo había decretado de otro modo y llamándole á sí quiso arrancar esta flor del jardín de la iglesia militante, para trasplantarla al de la triunfante del paraíso. El mismo Magone, sin saber que estuviera tan cerca su fin, se iba preparando para la muerte con una vida cada día más perfecta.

Hizo la novena de la Inmaculada Concepción con particular fervor. Conservamos escritas por él mismo las cosas que se propuso practicar en aquellos días, y son las siguientes:

“Yo, Miguel Magone, quiero hacer bien esta novena y prometo:

“1.º Limpiar mi corazón de todas las cosas del mundo para darlo todo á María.

“2.º Hacer confesión general para tener mi conciencia tranquila á la hora de la muerte.

“3.º Dejar todos los días el desayuno en penitencia de mis pecados, ó rezar los siete gozos de María á fin de merecer su asistencia en las últimas horas de mi agonía.

“4.º Si mi confesor lo permite, comulgar todos los días.

“5.º Referir todos los días á mis compañeros un ejemplo en honor de María Santísima.

“6.º Pondré este billetito á los piés de la imagen de María, con lo cual me propongo consagrarme todo á ella, ofreciéndole ser en adelante todo suyo hasta los últimos instantes de mi vida.”

Todo esto le fué permitido menos la confesión general, porque la había hecho poco antes, y la privación del desayuno que se le conmutó por un “De profundis” en sufragio de las almas del purgatorio.

Causaba verdaderamente asombro la conducta de Magone en aquellos días de la novena de María Inmaculada. Siempre contentísimo y siempre afanado en contar ejemplos morales á unos, invitar á otros á que los contasen, reunir cuantos compañeros podía para llevarlos á orar delante del Santísimo Sacramento ó de la imagen de la Virgen. En esta novena se privó ya de algunas frutas, dulces ú otros manjares, ya de libritos, estampas devotas, medallas, crucecitas y otros objetos que le habían regalado, para darlos á algunos compañeros algo disipados. Y esto lo hacía para premiarlos por su buena conducta en la novena ó para comprometerlos á tomar parte en las obras de piedad que les proponía.

Con el mismo fervor y recogimiento hizo la novena de la Natividad de N. S. J. C. “Quiero, decía al principio de ella, poner de mi parte cuanto pueda para hacer muy bien esta novena, y espero que Dios usará misericordia conmigo, y el niño Jesús querrá también nacer en mi corazón con la abundancia de sus gracias.”

Llegada la noche del último día del año, el Superior de la casa recomendaba á todos sus jóvenes que diesen gracias á Dios por los beneficios recibidos en el curso del año que iba á terminar. Después les alentaba á que se animasen con santo empeño á pasar el año nuevo en la gracia del Señor; porque, añadía, para alguno de nosotros será este año el último de la vida. Mientras esto decía, tenía la mano apoyada sobre la cabeza del que estaba á su lado que era Magone.

He comprendido, dijo éste lleno de estupor, soy yo el que debe hacer su maleta para la eternidad: bien, la tendré preparada. Tales palabras produjeron la risa en todos los que le oyeron. Y éstos y Magone recordaron muchas veces este dichoso incidente. A pesar de ello no disminuyó en lo más mínimo su acostumbrada alegría y jovialidad, y continuó cumpliendo con extraordinario ejemplo todos sus deberes.

Entretanto corría el tiempo y se acercaba el último día de su vida, del que Dios quiso darle más claro anuncio. El domingo 16 de Enero los jóvenes de la Congregación del Smo. Sacramento, á que Magone pertenecía, se reunieron como acostumbra hacerlo todos días festivos (1). Terminadas la lectura y oracio-

(1) Hé aquí los principales artículos de esta Congregación:

1.º El objeto de esta asociación es el de promover la adoración de la Santísima Eucaristía y reparar los ultrajes que de los herejes, infieles y malos cristianos recibe N. S. J. en este Augusto Sacramento.

2.º A este fin los congregantes procurarán distribuirse la obligación de comulgar, de modo que no deje de hacerse cada día, por lo menos una comunión. Cada uno tendrá también cuidado de comulgar, previo el permiso de su confesor, todos los días festivos y una vez en el espacio de cada semana.

nes de reglamento y hechas las advertencias que parecen necesarias y convenientes en cada caso, uno de los individuos toma la bolsa de las florecillas, ó sean papeletas, en que hay escritas máximas piadosas que se han de practicar en la semana, y la presenta á los congregantes para que cada uno tome una á la suerte. Magone sacó la suya; y en ella había escritas estas notables palabras. "En el juicio estaré solo con Dios." La leyó con asombro y la comunicó á sus compañeros diciendo: "Creo que este sea un aviso que me manda el Señor para advertirme que esté preparado." En seguida salió en busca del Superior, á quien se la mostró también con grande ansiedad repitiéndole que la juzgaba un aviso que le hacía el Señor citándole á comparecer ante su divina presencia. El Superior le exhortó á que viviera tranquilo y estuviese preparado,

3.º También se prestará con prontitud á todas las funciones que se celebren en honor de la Santísima Eucaristía, como será: ayudar la santa misa, asistir á la bendición que se dé con Su D. M., acompañar al Santo Viático, visitar al Santísimo Sacramento cuando está reservado en el tabernáculo y cuando está manifiesto en las Cuarenta Horas.

4.º Deberá procurar aprender bien á ayudar la santa Misa, haciendo con exactitud todas las ceremonias y pronunciando devota y distintamente todas las palabras.

5.º Cada semana habrá una conferencia espiritual á la que todo asociado debe concurrir, y estimular á los demás á que asistan con puntualidad.

6.º En la conferencia se tratarán puntos referentes al culto del Smo. Sacramento como son: alentar á recibir la Sagrada Comunión con el mayor recogimiento, instruir y asistir á los que hacen la primera comunión, ayudar á la preparación y acción de gracias á los que tengan necesidad, difundir libros, imágenes, folletos ú opúsculos que tiendan á este objeto.

7.º Concluida la conferencia se sacará la flor espiritual que se ha de practicar en toda la semana.

no por aquella florecilla, sino en virtud de las reiteradas recomendaciones que Jesucristo nos hace en su santo Evangelio para que estemos siempre dispuestos.

—Pues, sírvase decirme, replicó Magone, ¿cuánto tiempo viviré aún?

—Todos hemos de vivir el que Dios nos conserve en esta vida.

—Pero yo, ¿viviré todavía este año? dijo agitado y algún tanto conmovido.

—Sosígate, no te inquietes. Nuestra vida está en las manos del Señor que es un buen padre. El sabe hasta cuando nos la conserva. Además saber el tiempo de la muerte no es necesario para ir al paraíso; pero sí es preciso, y mucho, prepararnos con obras buenas.

—Entonces dijo sumamente entristecido, cuando V. no quiere decirme es señal de que está próximo el término.

—No creo, añadió el director, que esté tan próximo; pero, aunque así fuera, ¿tendrías acaso miedo de ir á hacer una visita á la Sma. Virgen en el cielo?

—Es verdad, es verdad. Recobrada con esto su ordinaria alegría se fué á la recreación.

El lunes, el martes y la mañana del miércoles estuvo siempre muy contento, no tuvo alteración alguna en su salud y cumplió con regularidad todos sus deberes.

El miércoles después de la comida le ví apoyado sobre el balcón viendo jugar á los demás compañeros

y sin tomar parte en la recreación: cosa extraña é indicio seguro de que no se hallaba en su ordinario estado de salud.

CAPITULO XIV

Su enfermedad y circunstancias que la acompañaron.

La tarde del miércoles (19 de enero de 1859) le pregunté qué tenía, y me contestó que solamente estaba algo incómodo por las lombrices, achaque ordinario en él. Se le dió una bebida contra ellas y después se acostó y pasó bien la noche. A la mañana siguiente se levantó á la hora que todos, tomó parte en los ejercicios de piedad, recibió y aplicó la sagrada Comunión por los agonizantes, como lo solía hacer todos los jueves. A la hora de la recreación no pudo ya entretenerse, porque se sentía muy cansado y las lombrices le dificultaban la respiración. Se le dieron algunos remedios, y visitado por el médico no le encontró ningún síntoma de enfermedad; por lo que le ordenó la continuación de aquellos. Su madre, que se encontraba entonces en Turín, vino á verlo, y manifestó que su hijo venía padeciendo desde niño de lo mismo y que los remedios dispuestos eran precisamente los que había usado otras veces.

El viernes por la mañana quería levantarse para recibir la Sagrada Comunión, como tenía costumbre, en honor de la pasión de N. S. Jesucristo, para alcan-

zar una buena muerte; pero no se le permitió, porque el mal pareció agravarse. Como había arrojado muchas lombrices se le ordenó tomara la misma medicina con algún otro específico que le facilitara la respiración.

Hasta aquí ningún síntoma de peligro se presentaba. El peligro comenzó á manifestarse á las dos de la tarde, hora en que al hacerle yo una visita observé, que á la dificultad de la respiración, se había agregado la tos, y la expectoración teñida en sangre. Le pregunté cómo estaba, y me dijo que no sentía otro mal que la opresión que le producían las lombrices en el estómago; pero yo noté que la enfermedad había cambiado de aspecto y presentaba un carácter bastante grave. Por esto, y para no exponerme á caer en la elección de las medicinas, llamé inmediatamente al médico. En aquel momento la madre movida por su espíritu cristiano, Miguel, le dijo, mientras viene el médico, ¿no te parece que debas confesarte? Sí, madre mía, con mucho gusto; aun cuando me confesé ayer por la mañana y recibí la Sagrada Comunión, en vista de que mi mal se agrava, quiero confesarme.

Se preparó algunos minutos é hizo su confesión. Después, con aire sereno, en mi presencia y en la de su madre dijo sonriendo: ¡Quién sabe si esta confesión será un ejercicio de la muerte ó más bien realmente para mi muerte!

—¿Qué te parece? le respondí: ¿deseas curarte ó ir al paraíso?

—El Señor sabe lo que me conviene: yo no deseo otra cosa sino que se cumpla su santísima voluntad.

—Pero si el Señor te dejara la elección, ¿escogerías curar ó ir al paraíso?

—¿Quién sería tan necio que no quisiera ir á la gloria?

—¿Deseas tú ir al cielo?

—¡Que si lo deseo! Lo deseo con todo mi corazón, y es lo que hace algún tiempo pido á Dios continuamente.

—¿Cuándo quisieras ir?

—Por mi gusto iría al instante, si es voluntad del Señor.

—Bien, dijimos los presentes: En todo, en la vida y en la muerte hágase la santa y adorable voluntad de Dios.

En aquel momento llegó el médico y encontró que en efecto la enfermedad había cambiado de carácter. Estamos mal, dijo, un derrame de sangre va al estómago, y no sé si encontraremos remedio.

Se hizo cuanto la ciencia aconseja en semejantes ocasiones. Sangrías, vejigatorios, bebidas; todo se puso en práctica para detenerle la sangre que furiosa tendía á sofocarle la respiración. Todo fué en vano.

A las nueve de aquella noche (21 de Enero de 1859) él mismo dijo que deseaba recibir una vez más antes de morir la Sagrada Comunión; y con más razón, agregó, porque esta mañana no he podido hacerlo. Estaba impaciente por recibir á aquel Jesús que desde tanto tiempo antes recibía con frecuencia ejemplar.

Al comenzar el religioso y solemne acto díjome en presencia de los demás: Recomiéndeme á las oracio-

nes de los compañeros, que rueguen para que Jesús Sacramentado sea mi viático y mi guía para la eternidad. Recibida la Sagrada Hostia se puso á dar gracias con la ayuda de un asistente.

Pasado un cuarto de hora cesó de recitar las oraciones que se le iban sugiriendo y aun de pronunciar palabra alguna: por lo que creímos que había sido sorprendido por un repentino desfallecimiento. Pero de allí á pocos minutos con aire risueño y casi en tono de broma nos hizo señal para que le atendiésemos y dijo: En el billetito de la flor del domingo había un error. Tenía escrito: "En el juicio estaré solo con Dios;" y no es verdad; no estaré solo: estará también la Virgen Santísima para asistirme. Yo no tengo temor alguno; ya nada temo. Vamos pues. La Madre de Dios y madre mía quiere acompañarme al juicio.

CAPITULO XV

Muerte.

Eran las diez de la noche y el mal se agravaba por momentos; por esto, y temiendo que aquella fuese acaso su última noche, se dispuso que el Sacerdote Don Zattini, un asistente y un joven enfermero le velasen hasta la media noche, en que serían relevados por D. Alasonatti, otro asistente y otro joven enfermero que estarían á su cuidado hasta la alborada siguiente. Por mi parte, y no descubriendo próximo peligro, dije al

enfermo: Magone, procura descansar un poco; yo voy un rato á mi cuarto y después volveré.

—No, respondió prontamente: no me abandone.

—Voy solamente á rezar el breviario y en seguida vuelvo á tu lado.

—Vuelva lo más pronto posible.

Al retirarme dejé orden de que me avisaran á la menor señal de agravación, porque yo amaba tiernamente á aquel discípulo y deseaba encontrarme á su cabecera, sobre todo en el momento de su muerte. Apenas había entrado en mi cuarto recibí aviso de volver en seguida porque parecía que al enfermo se le aproximaba la agonía.

Efectivamente era así: el mal avanzaba precipitadamente y de una manera terrible: por esto se le administró desde luego el óleo santo por el sacerdote Don Agustín Zattini. El enfermo se hallaba en el más perfecto estado de razón.

Respondía á las oraciones correspondientes á la administración de este santo Sacramento, y también añadía de su parte alguna jaculatoria. Recuerdo que al ungírsele la boca dijo: ¡Oh Dios mío! si hubierais atado mi lengua la primera vez que la usé para ofenderos ¡cuán afortunado sería! ¡cuántas ofensas menos, Dios mío! Perdonadme todos los pecados que he cometido por la boca, yo me arrepiento con todo mi corazón.

A la unción de las manos añadió: ¡Cuántos golpes he dado á mis compañeros con estas manos! Dios mío, perdonadme estos pecados, y ayudad á mis compañeros á ser más buenos que yo.

Concluida la sagrada unción del óleo santo le pregunté si deseaba que llamase á su madre que se había retirado á descansar un rato á una habitación próxima, en la creencia de que no era tanta la gravedad del enfermo. No, me contestó, es mejor no llamarla: ¡Pobre madre mía! me ama mucho y viéndome morir experimentarí gran dolor, que sería de mucha pena para mí! ¡Pobre madre mía! Que el Señor la bendiga. Cuando esté en el Paraíso rogaré siempre por ella.

Se le exhortó para que se preparase á recibir la bendición papal con la indulgencia plenaria. En todo el curso de su vida había mostrado gran interés por todas las prácticas religiosas á que iban anexas algunas indulgencias, y había hecho cuanto estaba de su parte para aprovecharlas. Por esto acogió con verdadero placer el ofrecimiento de la bendición papal. Tomó, pues, parte en todas las oraciones que le son propias y él mismo quiso recitar el "confiteor." Las palabras salían de su boca tan llenas de unción y tan colmadas de sentimientos de ardiente fe, que todos los circunstantes no pudimos menos que derramar lágrimas. Después, viéndole con deseo al parecer de dormir, le dejamos unos instantes sosegado; pero bien pronto despertó. Causaba en efecto verdadero asombro al que le miraba. El pulso indicaba que se hallaba á las puertas de la muerte, y sin embargo su aire sereno, su jovialidad y el perfecto estado de su razón eran de un hombre en completa salud. Y no porque él no sintiese molestia ni incomodidad alguna, puesto que su trabajosa respiración, producida por el rompimiento de un a víscera, le

ocasionaba grandes angustias y un sufrimiento general en todo su sér; pero nuestro Miguel había pedido á Dios pasar en esta vida todo el purgatorio que sus culpas merecían, para poder caminar, después de su muerte, sin tropiezo alguno, á la gloria. Este pensamiento era, pues, el que le hacía sufrir todo con alegría: así es que las molestias y grandes sufrimientos consiguientes á su enfermedad los convertía en motivos de verdadero contento y placer. Por gracia especial sin duda de N. S. Jesucristo, no sólo parecía insensible al padecimiento, sino que mostraba sentir grandes consolaciones en ellos. No era preciso llamarle la atención á pensamientos santos, ni recordarle oraciones propias de aquellos supremos instantes; muy al contrario, él mismo no cesaba de pronunciar edificantes jaculatorias. Eran las diez y tres cuartos cuando llamándome por mi nombre, me dijo: ¿Está V. ahí? ayúdeme.

Tranquilamente le contesté: Yo no te abandonaré hasta que estés acompañando al Señor en la gloria. Y habiéndome manifestado á poco que sentía muy próximo su fin. ¿No quieres dar el último adios á tu madre? le dije.

—Nó, no quiero ocasionarle tanto dolor.

—¿No me dejas al menos algún encargo para ella?

—Sí, señor, diga á mi madre que me perdone todos los disgustos que la he dado en toda mi vida. Estoy arrepentido. Dígale que la amo, que se anime á perseverar en el bien, que muero contento, que me voy de este mundo con Jesús y María á esperarla en el cielo.

Estas palabras nos arrancaron lágrimas á todos los

que estaban presentes; y yo, tomando ánimo y para ocupar en santos pensamientos aquellos preciosos instantes, de vez en cuando le hacía algunas preguntas.

—¿Quieres que diga algo de tu parte á tus compañeros?

—¿Que procuren hacer siempre buenas confesiones.

—¿Qué es lo que en este momento te da mayor consuelo de cuanto has hecho en tu vida?

—Lo que más me consuela en este momento es lo poco que he hecho en honor de María Sma. Sí, ésta es mi mayor consolación. ¡Ah María, María, cuán felices son vuestros devotos en la hora de la muerte! Mas, tengo una cosa que me molesta; cuando mi alma se separe del cuerpo y esté para entrar en el paraíso ¿qué deberé decir? ¿á quién he de dirigirme?

—Si María Sma. quiere acompañarte al juicio, ella te valdrá. Pero antes que partas para la otra vida quiero hacerte un encargo.

—Diga, que yo haré cuanto pueda para obedecerle.

—Cuando estés en el paraíso y hayas visto á María Santísima, hazle un humilde y respetuoso saludo en mi nombre y en el de todos los que viven en esta casa. Suplícale que se digne darnos su santa bendición, y que nos acoja á todos bajo su poderoso patrocinio, para que ninguno de los que ahora están, ó en adelante estuvieren en esta casa, pierda su alma.

—Cumpliré gustosísimo su comisión: ¿desea alguna otra cosa?

—Por ahora nada más: descansa un poco.

Me pareció que quería dormir. Y si bien conserva-

ba la palabra y su acostumbrada tranquilidad, el pulso no obstante denunciaba una muerte inminente. Por lo cual se comenzó á rezar el "Proficiscere," y á la mitad de esta lectura, como si despertara de un profundo sueño, con la ordinaria serenidad de semblante y la risa en los labios me dijo: De aquí á pocos momentos cumpliré su encargo; procuraré cumplirlo con la mayor exactitud: diga á mis compañeros que los espero á todos en la gloria. Después estrechó entre sus manos el crucifijo, lo besó tres veces y habiendo dicho otras tres: Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía, dibujándosele en los labios una tierna sonrisa, plácidamente expiró.

Aquella alma afortunada abandonaba el mundo para volar, como piadosamente confiamos, al seno de Dios á las once de la noche del día 21 de Enero de 1859 á los catorce años apenas de edad. No tuvo agonía, ni menos demostró la agitación y naturales contracciones y convulsiones y aun dolores que acompañan la separación del alma del cuerpo. Yo no sabría cómo llamar la muerte de Magone, sino diciendo que fué un dulce sueño que transportó su alma de las penas de esta vida á la bienaventuranza eterna.

Los asistentes lloraban más conmovidos que afligidos, porque todos sentían la pérdida de un amigo; pero cada uno envidiaba su suerte. El sacerdote D. Zattini, dando rienda suelta á los afectos que su corazón no podía contener, se expresó en estos términos: "¡Oh muerte! tú no eres un azote ó castigo para las almas inocentes; eres para ellas la gran bienhechora que les

abre las puertas de la mansión de los gozes eternos. ¿Por qué no puedo yo ocupar tu puesto, amado Miguel? En este momento purgada ya tu alma es conducida por la Bienaventurada Virgen María á las delicias inmensas de la gloria. Querido Magone, vive feliz eternamente, ruega por nosotros y en cambio nosotros, rindiendo tributo á tu amistad, dirigiremos fervientes oraciones al Señor, para asegurar aún más el descanso eterno de tu alma.”

CAPITULO XVI

Sus exequias y últimos recuerdos.

CONCLUSIÓN.

Cuando amaneció, la excelente madre de mi Miguel deseaba ir á la habitación de su hijo para saber de su estado; y ¡cuál no fué su dolor cuando se le anunció que había muerto! Aquella mujer cristiana quedó un momento inmóvil, sin proferir una palabra ni dar un suspiro; después prorumpió en estos lamentos: “¡Gran Dios, vos sois dueño de todas las cosas! . . . ¡Querido Miguel, tú has muerto! . . . Yo lloraré siempre en tí la pérdida de un hijo; pero doy gracias á Dios porque te ha concedido morir en este lugar y con tan esmerada asistencia, y morir con una muerte tan preciosa á los ojos del Señor. Reposa en paz con Dios; ruega por tu madre que tanto te amó en esta vida mortal, y que te ama más ahora que te considera acompañado de los

justos en el cielo. Mientras viva no dejaré jamás de pedir por el bien de tu alma, y espero unirme un día á tí en la patria de los bienaventurados.” Dichas estas palabras prorumpió en copioso llanto, y después se retiró á la iglesia á buscar consuelo en la oración.

La pérdida de este compañero fué también dolorosísima para los jóvenes y para cuantos le conocían, pues que si era muy estimado por sus cualidades morales y físicas, era aun venerado por las raras virtudes que adornaban su alma.

Se puede decir que el día que siguió al de su muerte lo pasaron sus compañeros en ejercicios de piedad por el alma del amigo. No mostraban consuelo sino rezando el santo rosario, el oficio de los difuntos y comulgando. Todos lloraban en él á un amigo y cada uno sentía gran alivio diciendo: En este momento está ya con Domingo Savio en el cielo.

El sentimiento de sus discípulos y de su profesor el sacerdote D. Francesia fué expresado por éste en las siguientes palabras: “Al día siguiente de la muerte de Magone fué á mi clase. Era sábado y debía tener lugar un ejercicio de prueba. El puesto vacío de Magone me indicaba que yo había perdido un alumno y el cielo había ganado un ciudadano. Yo estaba profundamente conmovido; los jóvenes, bajo el influjo de inmenso pesar y en silencio general; no fué posible pronunciar otras palabras que: Ha muerto; y toda la clase derramaba lágrimas. Y cómo no, si todos amaban á un niño tan virtuoso? La gran reputación de piedad que había ganado entre sus compañeros se conoció después de su muerte.

“Las páginas de sus trabajos escritos eran disputadas una á una y un dignísimo colega mío se consideró muy afortunado porque pudo recoger un cuadernito del joven Miguel.

“Yo mismo, movido de las virtudes que practicó

en vida con tanta perfección, no dudé en invocarle después con plena confianza en mis necesidades; y en honor de la verdad, debo confesar que no salieron fallidas mis esperanzas. Recibe, angelito, la más sentida demostración de mi reconocimiento, é intercede propicio cerca del trono de Jesús por tu maestro. Haz que se despierte una centella de tu humildad en mi corazón. ¡Oh Miguel muy querido, ruega también por todos tus compañeros que fueron muchos y buenos, para que todos podamos abrazarte un día en el cielo!" Hasta aquí su maestro.

Para dar una muestra exterior del grande afecto que todos tenían al amigo difunto, se hizo su entierro con la solemnidad que nuestra humilde condición permitía.

Sus caros despojos fueron conducidos á la tumba con acompañamiento de luces, cánticos y música instrumental y vocal; y allí rogando por el eterno descanso de su alma se le dió el último adiós, en la esperanza de ser un día sus compañeros en la vida mejor que la presente.

Al mes se le hicieron honras fúnebres. El sacerdote Don Zattini, célebre orador, hizo en un sentido y eloquente discurso el elogio del joven Miguel. Lástima es que la brevedad de este librito no permita insertarle por entero; quiero sin embargo copiar sus últimos periodos para que sirva de conclusión á los presentes apuntes biográficos.

Depués de haber expuesto las principales virtudes que enriquecían el alma del difunto, exhortaba á los dolientes y conmovidos compañeros á no olvidarlo, instándoles á recordarle con frecuencia, rogando por él é imitando los ejemplos que dejó en su vida mortal. Al terminar concluyó así:

"Estos ejemplos nos daba en vida, y estas palabras en la hora de la muerte nos decía nuestro común ami-

go Miguel Magone de Carmagnola. Ahora ya no existe. La muerte ha dejado vacío su asiento aquí, en la iglesia donde la oración le era tan dulce y la paz de su alma era tan profunda. Ya no existe; y con su desaparición nos prueba que todo astro se apaga, todo tesoro se disipa, toda alma ha de ser llamada á la eternidad. Treinta días hace que entregamos á la tierra sus apreciados despojos. Si yo hubiera estado presente en aquel acto, al uso del pueblo de Dios, hubiera arrancado del lado de aquella fosa un puñado de yerbas y arrojándolo hacia atrás, con triste acento hubiera dicho como el hijo de Judá: Floreced como la yerba de los campos; renazcan otros jovencitos que despierten en nosotros el recuerdo de nuestro amigo, rentueven sus ejemplos y multipliquen sus virtudes.

"¡A Dios por última vez, muy amado y fiel compañero nuestro, bueno y valeroso Miguel! ¡A Dios! Aumenta la esperanza de tu santa madre, que por tí llora las lágrimas de la piedad, más aún que las de la naturaleza y de la sangre. Acrecienta la esperanza de aquel padre adoptivo que te acogió en el nombre de Dios misericordioso en este bendito asilo, en donde aprendiste tan bien y tan presto el amor de Dios y el estudio de la virtud.... Tú, buen amigo de tus discípulos, respetuoso para con tus superiores, dócil á tus maestros, cariñoso para con todos, ruega por el sacerdocio ya que acaso hubieras sido en él ejemplar y maestro de la sabiduría celestial.... ¡Tú has dejado en nuestro corazón una herida y un gran vacío! Pero si nos abandonaste, ó más bien la muerte te arrebató á nuestro afecto y á nuestra edificación, es porque teníamos necesidad de las lecciones de la muerte. Sí, tenían necesidad los fervorosos y los menos solícitos, los descuidados: la tenía el negligente, el perezoso, el débil, el tibio, el frío. ¡Ay!.... te rogamos nos hagamos conocer

que te hallas ahora en la mansión de la alegría, en la patria bienaventurada de los vivos: haznos experimentar que te encuentras ahora cerca de la fuente, mejor dicho, del mar de la gracia, y que tu canto mezclado con el de los coros celestiales es poderoso y agradable a los oídos de Dios. Alcánzanos celo, caridad y abnegación... alcánzanos la gracia de vivir buenos, castos y virtuosos, de morir contentos, serenos, tranquilos y confiados en las divinas misericordias. Alcánzanos que la muerte no nos moleste con sus tormentos y horrores, y que nos respete como á tí. "Non tangat nos tormentum mortis!" Ruega por nosotros en unión de aquellos tres angelitos, hijos también de esta casa, que te precedieron en el seno de Dios: Camilo Gavio, Gabriel Fascio, Luis Rua, Domingo Savio, Juan Masaglia, y ruega con ellos, sobre todo por el venerable y tan querido jefe de este nuestro instituto. Nosotros te tendremos presente siempre en nuestras oraciones; jamás te olvidaremos á fin de que imitándote en la virtud nos sea dado unirnos á tí en la gloria.

"¡Oh! bendito sea Dios que te crió y sostuvo y te llamó á sí. Bendito sea el que quita la vida y bendito Él que la devuelve."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te hallas ahora en la mansión de la alegría, en la
ventura de los niños: haznos experimen-

A FAVOR DE LOS NIÑOS ABANDONADOS

DEL COLEGIO SALESIANO.

DON BOSCO.—Amenos y preciosos documentos sobre su santa vida y admirables obras, por un Cooperador Salesiano.

EDICIÓN ECONÓMICA DE PROPAGANDA... 75 CVS.

EL JOVEN INSTRUIDO.—Devocionario muy recomendado y del cual se han publicado más de cien ediciones; escrito con gran esmero por el Pbro. Don JUAN BOSCO.

Encuadernado en tela con relieves, edición de propaganda... TREINTA CENTAVOS EJEMPLAR.

NOVENA EN HONOR DE MARIA AUXILIADORA.—Escrita por el Pbro. D. Juan Bosco.

PRECIO DEL EJEMPLAR... 3 CVS.

PUNTOS DE VENTA EN NUEVA LEÓN

IMPRESA Y LIBRERÍA de Don Francisco
León.—Coliseo Viejo núm. 23.

IMPRESA Y LIBRERÍA de los Sres. Amador
—Escalerillas núm. 14.

SR. ANGEL G. DE LASCUAÍN.—Cordovanes núm. 1